

Los límites de la *amorevolezza*: cultura asistencial y experiencias cotidianas en los internados salesianos a comienzos del siglo XX¹

Nicolás D. Moretti*

Resumen

A partir de información proporcionada por un conjunto de fuentes epistolares halladas en los archivos de la congregación salesiana -que confrontan y, en ocasiones, desmienten los relatos institucionales-, el siguiente trabajo intenta construir una visión más compleja de las experiencias atravesadas por los niños y jóvenes hacia el interior de los internados salesianos en la Argentina, durante las primeras décadas del siglo XX. Si la amorevolezza, como rasgo distintivo de la cultura asistencial de la congregación, pretendía significar el amor, la benevolencia, el afecto, la dulzura y la paciencia que el asistente debía tener para con el asistido, la documentación muestra que formas soterradas de abuso y violencia formaron parte, también, de la vida cotidiana experimentada por sus alumnos.

Palabras clave: infancia asilada, internados salesianos, abusos, fuentes epistolares

The limits of *amorevolezza*: care culture and daily experiences in Salesian boarding schools at the beginning of the 20th century

Abstract

Based on information provided by a set of epistolary sources found in the archives of the Salesian congregation -which confront and, on occasions, deny institutional accounts-, the following work attempts to build a more complex vision of the experiences traversed by children and young people inside the Salesian boarding schools in Argentina, during the first decades of the 20th century. If amorevolezza, as a distinctive feature of the culture of care in the congregation, was intended to signify the love, benevolence, affection, gentleness and patience that the assistant should have towards the assisted person, the documentation shows that hidden forms of abuse and violence were also part of the daily life experienced by their students.

Keywords: asylum childhood, Salesian boarding schools, abuses, epistolary sources

Fecha de recepción: 16-09-2021

Fecha de aceptación: 20-04-2022

* Instituto de Estudios Históricos (IEH). Argentina. E-mail: morettinicolasd@gmail.com

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el "Seminario virtual de discusión Familias e Infancias en Perspectiva Histórica", el 3 de abril de 2020. Agradezco a Mariela Leo su lectura y los comentarios realizados.



Introducción

“Olvidamos por cuanto tiempo los abusos pueden seguir siendo desconocidos hasta que son evidentes; por cuanto tiempo la gente puede contemplar la miseria y no advertirla, hasta que la propia miseria se rebela.” (Thompson, 2012, p. 378).

En la introducción a *El queso y los gusanos*, Ginzburg (2008) llamaba la atención acerca de la representatividad de lo que él mismo identificaba como “caso límite”. A su juicio, este tipo de sucesos y actores singulares y poco frecuentes de hallar permitían al historiador, por un lado, mensurar qué debía entenderse como lo estadísticamente más frecuente en determinadas situaciones, como también advertir, a partir de ese caso aparentemente extraordinario, las “posibilidades latentes” que encerraba la realidad estudiada.² Sin pretender emular las potencialidades analíticas ofrecidas por los archivos del proceso inquisitorial referidos a la vida y pensamiento de Menocchio -como tampoco la pericia narrativa del historiador que lo rescató del olvido-, este trabajo se inspira, a su modo, en las posibilidades de indagación abiertas, también, por un “caso límite”.

Al explorar la obra educativa y evangelizadora llevada a cabo por la congregación salesiana durante la modernización argentina de comienzos del siglo XX, las fuentes consultadas me habían brindado información detallada acerca de aspectos esenciales que hacían a su proyecto educativo y pastoral y sus evidentes conexiones con la emergencia de la problemática de la minoridad como expresión de la cuestión social; a sus estrechos vínculos entablados con las élites dirigentes civiles y eclesíásticas; y a los rasgos que definían una determinada cultura asistencial que permeaba el interior de sus instituciones.³ En esencia, la documentación había permitido elaborar respuestas a los interrogantes planteados en la investigación, que confluían en la necesidad de explicar el extraordinario protagonismo de los internados salesianos dentro del modelo asistencial diseñado para la infancia y juventud menesterosa en el país.⁴

² Como es ya sabido, el autor planteaba la existencia de “indicios” que podían brindar información acerca del fenómeno estudiado -en su caso, aquellos que le permitieran dar cuenta de una cultura rural común-, de allí que planteara el interrogante acerca de cómo su “caso límite” -el expediente del proceso inquisitorial llevado adelante contra un molinero friulano- podía ser representativo de aquello.

³ La profusión de publicaciones y la intensa actividad administrativa realizada por la congregación salesiana dejaron numerosos folletos, circulares, boletines, periódicos, avisos y crónicas anuales que resultaron indispensables para la reconstrucción de sus concepciones educativas, sus prácticas asistenciales y los discursos que circulaban hacia el interior de sus colegios y oratorios. Sobre los principales resultados de investigación de estos y otros aspectos referidos al accionar educativo, social y evangelizador de la congregación salesiana, ver: Moretti (2014, 2017, 2018a).

⁴ Desde su llegada a la Argentina en 1875, los salesianos conocieron una expansión institucional sin precedentes,

De modo particular, el desafío mayor era -y sigue siendo- reconstruir las experiencias cotidianas hacia el interior de sus instituciones, observando las formas a través de las cuales los alumnos y pupilos habían interactuado, dialogado e, incluso, resistido las ideas y proyecciones diseñadas sobre ellos. Influenciado por las contribuciones de una historia social atenta a desentrañar las acciones de los sujetos frente a los condicionamientos estructurales, las indagaciones me condujeron hacia el estudio de los asistentes, de los asistidos y de los significados del acto asistencial. Esta mirada favorecía el cuestionamiento a las explicaciones limitadas al disciplinamiento social, las cuales habían subestimado la relativa autonomía e identidad de los sujetos de asistencia con sus percepciones y estrategias de adaptación, negociación, reciprocidad y resistencia, que debido a una dificultad heurística habían sido aspectos escasamente explorados (Moreyra, 2014).

Los documentos provenientes de los mismos archivos salesianos daban cuenta, en gran medida, de estos aspectos. Pero, de modo particular, fue el hallazgo de un corpus de fuentes epistolares lo que posibilitó no solo un acceso más profundo a la cotidianidad de la vida asilar -compuesta por un entramado de situaciones, discursos y actores en un tiempo y espacio-, sino también, y de modo sorpresivo, contrastar el relato ofrecido por la documentación general, permitiendo elaborar una visión mucho más compleja -y, sobre todo, menos parcial y más realista- acerca de las prácticas educativas salesianas, la vida en el interior de sus instituciones y las experiencias de los distintos actores, especialmente los niños.⁵ El interés de los historiadores sociales por desentrañar el universo subjetivo de los hombres y mujeres del pasado -a través de la lectura de fuentes capaces de revelar, deliberada o accidentalmente, la vida de los individuos-, dio lugar a que las correspondencias de las “personas de a pie” adquirieran una particular notoriedad (Ortiz Bergia, 2019). Como fuente cualitativa, los epistolarios han enriquecido y ampliado las posibilidades de ahondar en el conocimiento de los individuos y su vida en sociedad, de explorar su universo mental, su escala de valores y los cambios y las permanencias de cada época (Ravina, 2009). Particularmente, estas “evidencias inmersas en la rutina de lo cotidiano” (Martínez Martín, 2008, p. 137), me dieron acceso a

materiada en la fundación de colegios internados, escuelas profesionales, oratorios y parroquias. La opción por la educación y formación moral y profesional de los niños y jóvenes de sectores populares, la eficaz alianza con la élites dirigentes de filiación católica, la voluntad por disputar el espacio público a sectores anticlericales y la incorporación de novedosas propuestas culturales con las que llevaron a cabo su tarea pastoral, permitieron a los salesianos posicionarse como referentes en la atención del problema de los menores en condición de riesgo, durante las primeras décadas del siglo XX.

⁵ Las correspondencias se encontraron en los repositorios del Archivo Central Salesiano (ACS), ubicado en la ciudad de Buenos Aires. Casi en su totalidad -un conjunto de más de 400 cartas- corresponden a comunicaciones de los mismos salesianos, generalmente entre los sacerdotes radicados en Córdoba y el superior de la congregación en Argentina, Padre José Vespignani, entre los años 1900 y 1930. La actividad epistolar era sumamente frecuente en este tipo de instituciones. A través de las cartas, los sacerdotes mantenían una comunicación fluida con su superior, informándolo sobre las novedades institucionales, trasladándole inquietudes o problemas a resolver, e incluso -tal como veremos en este trabajo- como forma de desahogo o confesión.

información no consignada en fuentes institucionales y, en algunos casos, contradictoria y opuesta a las narraciones construidas hasta entonces.

Las siguientes páginas intentan mostrar cómo más allá del discurso salesiano tendiente a difundir las virtudes de su carisma, existieron tensiones, dificultades, desafíos y contradicciones que jalaron la tarea de los educadores en el día a día. Para ello, en una primera instancia, se repasan de modo general las características espaciales y temporales que estructuraban la vida en los internados salesianos, poniendo especial énfasis en la original cultura asistencial que los atravesaba. Este es un aspecto fundamental para comprender la dinámica educativa de la congregación. En el segundo y tercer apartado, un análisis a partir de los sujetos protagonistas de dicha relación asistencial busca dar cuenta de prácticas y discursos alejados de aquel ideal instituido, que nos acercan más a las experiencias vividas. En especial, la irrupción de un “caso limite” -retomando la acepción de Ginzburg- me llevó a cuestionar las interpretaciones realizadas hasta entonces sobre las circunstancias atravesadas por los niños y jóvenes que fueron sujetos preferenciales de la asistencia salesiana. Vicisitudes que no se hallaban presentes en el resto de la documentación. Indicios sobre casos marginales que actuaron como una ventana a través de la cual observar, aunque sea parcialmente, aspectos de una realidad subterránea y vedada.

La atención puesta en el detalle, a desentrañar el significado de las experiencias en su singularidad y en su excepcionalidad, partió de la convicción de que las “vidas minúsculas” también participan, desde su lugar, en la “historia grande”, de la que dan una versión diferente (Revel, 2015, p. 15). En última instancia, se intentó correr el velo del discurso oficial, en un esfuerzo por acercarnos un poco más a las vidas de una porción de las infancias cordobesas de comienzos del siglo pasado.

Régimen institucional y cultura asistencial salesiana

Como ocurrió con otras ciudades latinoamericanas y argentinas, en Córdoba el tránsito del siglo XIX al XX estuvo marcado por la emergencia de profundos desajustes sociales. A la vez que transformaba la fisonomía urbana de manera acelerada, el proceso de modernización creaba nuevos problemas que afectaban, principalmente, a los sectores populares, quienes se veían exentos de los beneficios materiales del progreso económico. En ese contexto, la realidad de niños que sobrellevaban sus existencias por fuera de los parámetros de contención familiar y escolar se ubicó pronto como una de las manifestaciones más evidentes del pauperismo que atravesaba el tejido social. La miseria, la exclusión y el abandono caracterizaron los días de una porción significativa de la población infantil cordobesa.

En la tarea de proveer la asistencia necesaria como forma de intentar neutralizar los costos sociales de la modernización, el Estado liberal se vio acompañado de numerosas instituciones de la sociedad civil de fuerte impronta religiosa, que se propusieron la recuperación y ordenación de las clases desheredadas a través de la educación, la moralización de los comportamientos, la higienización y la dignidad del trabajo. En ese complejo asistencial de carácter "mixto" (Moreyra, 2009), la congregación salesiana ocupó un rol protagónico. El rescate de la niñez callejera, a través de su incorporación al oratorio, junto con su posterior y más completa formación profesional en los talleres de la escuela de artes y oficios -sumado a las prácticas de asociacionismo juvenil que acompañaron esta tarea- fueron los principales instrumentos de reforma de una congregación que gozó del beneficio, tanto político como económico, de gran parte de las élites políticas y sociales.⁶

A través de una rígida organización de los tiempos y los espacios característica de la vida claustral, los colegios salesianos se propusieron reformar los hábitos y las costumbres de la infancia popular. La hegemonía discursiva de la catequesis moral, las trazas de una arquitectura de reflejos panópticos, la asistencia vigilante de los adultos, en definitiva, cada uno de los aspectos del universo asistencial de la congregación estuvo pensado para estructurar la vida cotidiana de los internos. Lejos de ser una originalidad de los hijos de don Bosco, estas eran características compartidas por la mayoría de las instituciones ideadas para menores en esa época -asilos, reformatorios, colonias-, como así también por aquellas diseñadas para la reclusión y reforma, como manicomios y cárceles.⁷

Frente a los peligros que la calle albergaba para la niñez marginal, el régimen de internado se convirtió en la mejor opción para lograr una eficaz penetración en las subjetividades de los niños. La incorporación de determinados hábitos y modales, de formas de actuar y de pensar que los salesianos creían acordes a "buenos cristianos y honrados ciudadanos", exigía el encierro de los alumnos en un espacio en el que circulara un discurso único, sólido y coherente. La obturación de cualquier disidencia, por pequeña que fuera, intentaba asegurar la internalización sin conflictos de dichos valores. El aislamiento que presentaban los espacios cerrados buscaba paliar los efectos nocivos del medio, resguardando a los individuos en un espacio protegido por la clausura. Era preciso aislarlos a fin de poder inculcarles preceptos de conducta sin que se vieran perturbados por ninguna otra influencia (Donzelot, 1970). La

⁶ La educación en el trabajo, que involucraba la adopción de determinados hábitos, prácticas y costumbres que se creían indispensables para alcanzar la salud social, se constituyó en la herramienta más eficaz para lograr la regeneración de los menores. En este sentido, profesionales, dirigentes y sacerdotes del clero con relaciones de cercanía con el poder político y la naciente burguesía comercial, propiciaron el acelerado desarrollo de la obra salesiana en la Argentina y en Córdoba en particular. Esta alianza entre la congregación y sectores vinculados a posiciones institucionales de poder solo pudo ser posible gracias a la coincidencia de intereses y preocupaciones entre las partes, cuyo propósito fue lograr educar y modelar los hábitos y las costumbres de los "hijos del pueblo".

⁷ Acerca de la trascendencia de la dimensión espacial en los procesos de reeducación de los menores durante la primera década del siglo XX, ver: Zapiola (2018).

opción por la escolaridad de tiempo completo se justificaba, también, porque constituía la única manera de reducir el estado de miseria material en el que se encontraba una gran parte de los alumnos. Así, aunque el sistema de pupilos se orientó a toda clase de sujetos infantiles, era la opción más acorde para asegurar la educación de la niñez más vulnerable.⁸

La disposición de los espacios, la regulación de los tiempos, la organización de las actividades y las cláusulas reglamentarias buscaban inculcar en los niños y jóvenes comportamientos basados en la virtud, la modestia, la piedad, la obediencia y el trabajo, en un esfuerzo por pulir las marcas de la cultura popular. Cada rincón del internado era atravesado por una rígida disciplina, entendida no tanto como castigo o corrección, sino como un vivir conforme al orden, el respeto y la observancia de las disposiciones que garantizaban el buen funcionamiento de la casa. La subordinación a la autoridad representada en la figura de los directivos era un aspecto esencial de la relación asistencial. Como establecía el reglamento: “si queréis pues, adquirir todas las virtudes, empezad por la obediencia a vuestros Superiores, sometiendoos a ellos sin ningún género de oposición como si os sometierais a Dios mismo.”⁹ Se procuraba crear un vínculo de confianza en el que los niños contaran a los salesianos sus preocupaciones y temores, estuvieran cerca de ellos, siempre a la vista sin ocultarse. Debían escuchar agradecidos sus correcciones y, cuando fuera necesario, recibir con humildad el castigo de alguna falta cometida sin demostrar odio ni desprecio. Se exhortaba, de la misma manera, a evitar la compañía de aquellos que criticaban las determinaciones de los adultos. La cantidad y el carácter de los internos no volvían nada sencilla la tarea de los educadores, de allí que la religión apareciera para facilitar la disciplina y la obediencia: “Escuchad las palabras de San Pablo: Obedeced a los superiores que han sido puestos para guiaros y dirigiros y estad a ellos sometidos, porque han de dar cuenta a Dios de vuestras almas. Obedeced no por la fuerza sino de buena voluntad, para que vuestros Superiores puedan cumplir sus deberes con alegría y no con lágrimas y suspiros.”¹⁰

El resguardo de la disciplina en los diferentes espacios estaba garantizado por la presencia de los salesianos. En palabras del Padre Inspector,¹¹ esta “Santa vigilancia” era la mejor herramienta para asegurar la observancia del reglamento. A través de la “asistencia

⁸ En los colegios de la congregación convivían dos clases de alumnos: aquellos cuya formación escolar los preparaba para profesiones liberales y quienes que se educaban en las escuelas de artes y oficios. La pedagogía social salesiana, al separar a sus alumnos en “estudiantes” y “artesanos”, reproducía desigualdades presentes en el mundo infantil, ya que incorporaba a los talleres de la escuela profesional a los niños y jóvenes de menores recursos. Por más que esa educación de calidad significara más de lo que muchos podían aspirar, la creencia en la división de trabajos de acuerdo a la condición social legitimó una educación que reproducía la desigualdad. Sobre este aspecto, ver: Moretti (2018b).

⁹ *Reglamento en uso para los Colegios Salesianos*, Córdoba, 1910, p. 21. Archivo Colegio Pio X (ACPX), Córdoba, Argentina.

¹⁰ *Reglamento en uso para los Colegios Salesianos*, Córdoba, 1910, p. 22. ACPX.

¹¹ En el organigrama de la congregación, recibe el nombre de Padre Inspector la máxima autoridad regional salesiana.

continua, paciente, sacrificada, activa y llena de caridad” se lograba el éxito de la educación.¹² Esta asistencia no debía ser policial, sino más bien una presencia amistosa, constructiva, animadora de la vida del interno (Braido, 2003). No bastaba con reprender las faltas, sino que había que ubicar al niño en la imposibilidad de cometerlas. Dada la cantidad de rincones y puntos ciegos a la vista de los adultos, se proponía que los asistentes anduvieran vigilando atentamente, nunca juntos, sino distribuidos estratégicamente. Este acento puesto en la responsabilidad del adulto como sostén de la disciplina podía parecer una obviedad de los superiores, pero eran aspectos no siempre incorporados con rapidez por los sacerdotes en formación. Los directivos llamaban la atención de los acólitos cuando incurrieran en descuidos demasiado evidentes, como estar conversando entre ellos en el dormitorio en vez de atender a los niños.¹³ El sistema preventivo requería que el adulto realizara un verdadero trabajo sobre sí mismo, para ser expresión de piedad, firmeza, dulzura, paciencia, celo, espíritu de sacrificio, diligencia, vigilancia y, sobre todo, amor (Fierro Torres, 1956).

Si en su estructura organizacional el internado salesiano se nos muestra semejante a otras experiencias religiosas y laicas, es en la particular cultura asistencial que lo atravesaba donde debe buscarse su rasgo distintivo. El llamado “sistema preventivo” impregnaba cada aspecto material y simbólico de sus instituciones. En esencia, se trataba de poner al alumno en la imposibilidad moral de cometer faltas, llamándose a sí mismo al cumplimiento del deber a través de la internalización de valores y preceptos reglamentarios y la atenta vigilancia de los adultos. Frente al sistema represivo, anclado en la creencia de que al niño por naturaleza había que domarlo reprimiendo sus impulsos con castigos y/o sanciones, los salesianos intentaban captar la atención del educando para lograr una colaboración consciente con la tarea educativa.¹⁴ La base de este sistema se hallaba en la asistencia entendida como una “convivencia activa”, es decir, la interacción entre el niño y el adulto en cada una de las actividades. Se trataba de que el educador estuviera siempre con los chicos, incluso en los momentos de recreo, participando activamente en sus juegos.¹⁵

Los aspectos esenciales del sistema preventivo circulaban en abundancia a través de cartas, conferencias y recomendaciones orales y escritas dirigidas de modo general o personal por los superiores a todos los salesianos. En sus circulares, el Padre Inspector exhortaba

¹² Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1922. ACPX.

¹³ *Carta de Pedro Tantarini a José Vespignani*, Córdoba, 14 de mayo de 1924, Caja 3, “Córdoba”. ACS, Buenos Aires, Argentina.

¹⁴ Ya a comienzos del siglo XIX es posible advertir en la política escolar francesa dos fórmulas, la preventiva y la represiva, surgidas al calor del debate sobre la libertad de la enseñanza. No obstante, sus orígenes, el sistema preventivo quedará ligado a la experiencia educativa desarrollada por el fundador de la congregación, don Bosco. Sobre su génesis y vinculación con la obra salesiana, ver: Braido (2003).

¹⁵ Don Bosco habla de “padres amorosos”, siempre presentes en la vida de los alumnos, que hablan, guían, aconsejan y corrigen amablemente. Al mismo tiempo, señala la misa cotidiana, los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía como las “columnas” sobre las que se apoya todo el edificio educativo (Braido, 2003, p. 9).

con vehemencia a cumplir las disposiciones del método educativo de don Bosco antes que intentar improvisaciones. De manera clara, advertía:

Lanzarse hoy entre las muchedumbres para educarlas: hablar de internados, de escuelas de artes y oficios para niños pobres y abandonados: rodearse de centenares y millares de niños en los oratorios festivos, sin antes conocer bien y ensayarse prácticamente en todos los pormenores del sistema preventivo, sería una temeridad. (Vespignani, 1922, p. 44).

Reconocía también las dificultades que entrañaba su práctica, de allí que los alentaba a implementar diferentes grados de formación y estudio de sus principales virtudes. Los superiores debían hacerse cargo de dictar conferencias destinadas a formar el criterio salesiano a los demás sacerdotes y acólitos de cada casa, antes de que se les confiaran alumnos. Recordaba, además, que la buena práctica del mismo no solo nacía del conjunto de normas ni del espíritu salesiano individual, sino del acuerdo y la cooperación de todo el personal y de la misma organización de la institución (Vespignani, 1922).

Toda la práctica asistencial salesiana debía ser un reflejo del sistema preventivo, haciéndose presente desde la regulación de los tiempos y los espacios hasta en el trato de los superiores con los alumnos.

Más allá del sistema preventivo

Aunque escasos y fragmentarios, algunos testimonios nos permiten acceder al mundo de aquellos que atravesaron parte de su infancia en los espacios asistenciales de la congregación, revelando las tensiones entre los códigos disciplinarios instituidos y las diversas formas en que fueron experimentados. En este sentido, la actitud asumida por los niños y jóvenes frente a las regulaciones y normas que marcaban el pulso de la vida asilar -los horarios, las configuraciones espaciales, la progresión de actividades, los discursos que circulaban- lejos estaban de resumirse en una aceptación sumisa de los modales, las reglas y las conductas propuestas. Por el contrario, cierta resistencia expresada en indiferencia, apatía y desgano en la apropiación de los valores, como también en acciones más concretas que significaban flagrantes transgresiones al reglamento, revelan la persistencia de ciertas prácticas y costumbres que los salesianos pretendían desarraigar en los alumnos.

Lidiar cotidianamente con niños que en general habían permanecido por fuera del sistema escolar no representaba una tarea sencilla para los asistentes. Las barriadas marginales, la miseria en los hogares, los códigos de la calle aprendidos tempranamente, formaban hábitos

y conductas que ni la rígida disciplina del internado ni la educación en el trabajo lograban erradicar con facilidad. En su visita anual en el mes de noviembre de 1910, el superior de los salesianos en la Argentina, el Padre Ernesto Vespignani, reconocía los avances materiales del Colegio Pio X de Córdoba, pero alertaba sobre su “marcha moral” que, según su criterio, se debía a “la clase de niños expuestos a muchos peligros y a veces mal acostumbrados; de consiguiente la dificultad de formar un buen ambiente tanto en los pupilos como en los externos y en los oratorianos.”¹⁶

El estado de ánimo del alumnado fue un tema recurrente en la correspondencia entablada entre los directivos del Colegio Pio X y Vespignani. El particular celo apostólico del Padre Tantardini, traducido en observaciones atentas a la marcha institucional, ha dejado algunas impresiones rastreables en sus misivas dirigidas al superior. La de junio de 1916, por caso, manifestaba no solo las preocupaciones del sacerdote educador, sino también la respuesta de los internos a los estímulos catequísticos y piadosos propuestos por él:

Yo siento en el alma esta falta de entusiasmo, esta especie de flojera del todo Cordobesa que da por resultado poca constancia y poca perseverancia en los niños. Con demasiada frecuencia se hace general la idea que se hace hasta demasiado y que con estos niños se consigue casi nada. Da pena todo esto (...) Lo que yo digo es que falta solidez de carácter que es lo que hace duradero ese estado de buenas disposiciones: falta ese quid propio de nuestros colegios, una mezcolanza de todo lo bueno confianza, pureza, franqueza sin respetos humanos, etc., que forma a los niños buenos cristianos y buenos ex alumnos.¹⁷

Esta clase de testimonios permiten matizar la visión optimista sustentada en el éxito civilizador de la propuesta salesiana, que nutría las páginas de los folletos y publicaciones institucionales como de los periódicos afines al ideario católico. La experiencia educativa

¹⁶ Memoriale, Visita Inspeccional, noviembre de 1910. ACPX. Algunas de las impresiones dejadas por los primeros salesianos en llegar a la ciudad son más explícitas a la hora de describir cuáles eran estos comportamientos de niños “mal acostumbrados” (Massa, 1930). Con la intención de ilustrar la rapidez de su acción educativa, el primer director del colegio hacía referencia a algunos sucesos transcurridos durante las primeras semanas en Córdoba. Al parecer, los grandes ventanales de las aulas y las habitaciones del colegio que atendían las Hermanas Dominicas a unas tres cuadras del predio de los salesianos, eran un atractivo para los “chicos de la calle” que, según la Madre Superiora, hacían llover las piedras con frecuencia. Sin embargo, la religiosa se mostraba feliz porque desde la llegada de los nuevos sacerdotes al barrio, los niños se habían entretenido con los juegos y diversiones del oratorio salesiano, terminando con el vandalismo del que eran objeto sus instalaciones. Incluso, según la misma fuente, esos chicos que se entretenían apedreando ventanas eran los mismos que tenían la costumbre de utilizar como “baño público” una pileta ubicada dentro de la pequeña casa que los sacerdotes ocuparon luego con piezas y aulas de estudio. La anécdota, si bien buscaba exhibir los avances de la tarea civilizadora emprendida en un barrio por entonces marginal, deja visualizar actitudes que entraban en conflicto con los modales propuestos en los manuales de urbanidad y buenas costumbres que servían de base a la educación impartida en los colegios salesianos y que pretendían educar en las formas convenientes de conducirse en sociedad.

¹⁷ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 5 de junio de 1916, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

resultaba mucho más ardua y hasta contradictoria, al observar cómo algunos saberes eran más susceptibles de ser incorporados por los alumnos. El mismo Tantardini se alegraba ese año al ver cómo los niños “fácilmente y hasta con gusto” aprendían la doctrina y practicaban la piedad, pero al mismo tiempo exponía su descontento y frustración con lo “poco resueltos a quitarse los malos hábitos, poco constantes en los propósitos y sumamente débiles en los peligros de las vacaciones” que se mostraban. Se quejaba, también, de que era necesario invertir mucha energía e insistencia para desarraigar resueltamente el mal y apartar los peligros.¹⁸ La discrepancia entre las expectativas y los resultados obtenidos se reflejaba en sus estados de ánimos: “El Padre Gherra ha perdido, a mi modo de ver, ese entusiasmo de un tiempo (...); ¡Qué envidia siento cuando leo la vida de Don Bosco y veo la diferencia que corre entre aquel oratorio y colegio y el nuestro!”¹⁹

Las sutiles resistencias de los alumnos no constituían confrontaciones y rechazos abiertos a la disciplina impuesta y los mandatos morales exigidos. Más bien, se manifestaban en la falta de entusiasmo en las tareas realizadas, la conformidad por obligación y/o la distracción ante la enseñanza impartida. De allí que Vespignani recomendara a sus hermanos que se pusiera un mayor esmero e interés en la instrucción religiosa, para que los niños practicaran “sin ficción” la piedad, necesaria para lograr una verdadera reforma de las costumbres.²⁰ Las actitudes cotidianas, a veces imperceptibles por los asistentes, configuraban esa suerte de “adaptación a regañadientes” de la disciplina y dinámica escolar por parte de los alumnos (Scott, 1997, p. 39). Pero incluso esas formas sutiles e inofensivas de oponerse, propias de espíritus juveniles propensos a ser ejemplos de voluntades díscolas, podían dar lugar a sucesos no esperados, como el ocurrido en la madrugada del 27 de octubre de 1911. Poco después de la medianoche, la guardia del cuartel de bomberos de la ciudad de Córdoba se movilizaba ante la alarma de un incendio que a esa altura ya elevaba una densa columna de humo en dirección sudoeste. Al llegar al lugar, constataron que una de las edificaciones del colegio de los salesianos ardía de forma incontrolable. La combustión generada por los tablonces de madera, bambalinas, telones y elementos de vestuario, redujo a cenizas el pequeño teatro en el que los internos representaban zarzuelas, dramas y comedias. Una vez controlado el incendio, el inspector del cuerpo de bomberos, en diálogo con el director del establecimiento, investigaba sobre el origen del siniestro. A decir del Padre Gherra, ni una imprudencia de ellos, ni una mano extraña motivada por el odio a los frailes tan abiertamente manifestado por los sectores anticlericales, explicaban lo sucedido. Sus sospechas se dirigían, en cambio, a sus mismos alumnos: algún fósforo tirado con descuido por un pupilo, luego de utilizarlo para encender el cigarrillo que subrepticamente habría fumado en algunos de los rincones.²¹

¹⁸ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 13 de septiembre de 1916, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

¹⁹ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 5 de junio de 1916, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

²⁰ *Memoriale, Visita Inspectorial*, septiembre de 1916. ACPX.

²¹ *Voraz incendio de los padres Salesianos (28 de octubre de 1911)*. *La Voz del Interior*, p. 3. La misma declaración

La falta de testigos no impedía al director emitir su juicio sobre lo sucedido. Sin embargo, su veredicto se fundaba en la propia experiencia de la asistencia cotidiana, donde era común que los alumnos se escaparan de la vista del sacerdote para esconderse en los puntos ciegos que dejaba la edificación. Que los muchachos mostraran cierta capacidad para aprovechar esos espacios no se debía tanto a las fallas de una arquitectura incapaz de asegurar el mejor efecto del panóptico, como a la astucia puesta en escabullirse de la vigilancia adulta: “Los gravísimos pecados, que se cometieron, ay! allí atrás de la cochería, y en el cuarto de la música lisa y en ciertos talleres, es evidente que no se habrían cometido, si hubiera habido la debida vigilancia por parte de los asistentes.”²² El Padre Inspector recomendaba acertadamente la vigilancia en determinados espacios susceptibles de ser utilizados por los alumnos. Ordenaba “quitar los escondrijos” y “cerrar las puertas cueste lo que cueste”. De modo particular, aconsejaba tener especial cuidado en la enfermería, ya que allí también había habido “crucifixiones”, y en los momentos de recreo debían asistirse con cuidado las extremidades del patio, que habían resultado ser “harto fatales”.²³

Tanto esfuerzo invertido en regular, prevenir y reprimir, advierte sobre la poca permeabilidad de los sujetos de asistencia a acatar las disposiciones reglamentarias, a su negación -consciente o inconsciente- a incorporar las indicaciones reforzadas con insistencia por los adultos, a la dificultad encontrada para adaptarse sin más a la vida propuesta -y en la mayoría de los casos no elegida- en el internado. El celo de Vespignani suple parcialmente la carencia de fuentes que expresen la voz de esos niños y jóvenes internos, mostrando tangencialmente sus comportamientos y actitudes.

Aun cuando el sistema preventivo fuera la base sobre la que se edificaba toda la cultura asistencial de la congregación, en ocasiones eran los mismos salesianos quienes exponían a los alumnos a situaciones que ellos mismos sancionaban o consideraban imprudentes para la educación de sus alumnos. Un episodio relatado por el vicedirector del Colegio Pio X a su superior en Buenos Aires ejemplifica cómo los servicios que la banda de música prestaba se ampliaban más allá de sus fines estrictamente formativos y recreativos, actuando como instrumento de intervención en el espacio público y formando parte de la disputa política e ideológica con los sectores anticlericales. El día 28 de junio de 1910 por la mañana, una delegación de jóvenes de la universidad se presentó en la portería solicitando la banda de música y los niños del colegio para una manifestación escolar. Sin más averiguaciones, el director resolvió retirar a los niños de sus clases y talleres llevándolos a la calle. A unas siete cuadras esperaba la manifestación que, según el testimonio de Tantardini, se componía de “jóvenes bulliciosos y amantes de farra”. La banda del colegio pronto se puso a la cabeza

aparece en Juzgado en lo Criminal, 1ra nominación, Córdoba Capital, 27 de octubre de 1911, f. 88. Archivo Histórico de Córdoba (AHC), Córdoba, Argentina.

²² Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, octubre de 1919. ACPX.

²³ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, octubre de 1919. ACPX.

de la columna para recorrer las calles céntricas rumbo a la Casa de Trejo. Para sorpresa de los salesianos, apenas transitados unos metros, los universitarios comenzaron a arrojar sus sombreros al aire mientras gritaban “¡Mueran los anarquistas!” y proferían todo tipo de groserías. Inmediatamente, los sacerdotes resolvieron retirar a los alumnos que acompañaban la marcha. Sin embargo, la banda continuó todo el trayecto hasta la universidad, interpretando a su llegada las estrofas del himno nacional y obteniendo un caluroso reconocimiento de los alegres manifestantes: “Vivan los salesianos y mueran los anarquistas!”²⁴

El comentario arrojado por Tantardini en la carta que exponía este hecho le daba sentido a la interpretación que él hacía de aquella experiencia narrada: “¿Qué le habrá dicho Monseñor Trejo a Don Bosco en el cielo? He aquí los disparates que hace cometer esa maldita sed de exhibirse con la banda (...) marcando el paso por las calles de la ciudad.” De cualquier modo, el mismo Vespignani (1922) había advertido en sus circulares dirigidas de modo general que la música debía cultivarse como un poderoso elemento de educación y un fuerte aliciente para llevar el pueblo a la piedad. Pero la preocupación siempre presente de resguardar el ambiente escolar de los influjos del exterior generaba tensiones con la misión pastoral que la congregación pretendía adoptar entre los sectores populares. Tal como exponía Tantardini, también en la misma correspondencia, haciendo notar que los pequeños músicos habían participado de manera activa amenizando una “fiesta popular” en el barrio San Vicente: “(...) la banda estuvo todo el día tocando en la plaza. Me parece demasiado. La moralidad padece inmensamente con estas salidas que no son para gloria de Dios ni para el bien de las almas, al contrario para su perdición.”²⁵ Al parecer, estas quejas se hacían presentes ese mismo año en los consejos dejados por Vespignani al término de su visita al Colegio Pio X: “Habrá también que cuidar las salidas de la banda para que no sean perjudiciales y no distraigan demasiado a los pequeños músicos, ofreciendo ocasión de discursos peligrosos.”²⁶

No obstante, el mismo Tantardini, que mostraba reparos sobre su utilización en manifestaciones de marcado tono político, celebraba en estos términos la actuación de los alumnos en un pueblo del interior de la provincia, hacia 1917:

Nuestros niños (banda, cantores) han ido el Domingo pasado a Oliva (uno de los pueblos más anticlericales de la Provincia), cantaron misa, tocaron en la procesión y dieron teatro por la noche -lo mejor es que casualmente algunos cantores y actores eran de allí! Vino poca plata pero hubo mucho entusiasmo y luego lo más importante- la propaganda.²⁷

²⁴ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 25 de junio de 1910, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

²⁵ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 25 de junio de 1910, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

²⁶ Memorial, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1910. ACPX.

²⁷ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 7 de noviembre de 1917, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

El resguardo moral hacia los alumnos no iba en detrimento de la particular vocación mostrada por los salesianos en militar activamente en contra de los embates anticlericales. Más aún, los fines exclusivamente educativos se confundían con los instrumentos de propaganda hacia la causa católica, como ocurría también con otras experiencias asociativas y culturales de la congregación.

Los límites de la *amorevolezza*

A pocos meses de comenzar a funcionar el oratorio festivo²⁸ en la ciudad de Córdoba, la numerosa asistencia de los niños motivó cierto recelo en los sacerdotes del Colegio Santo Tomás, que veían a sus mismos alumnos entusiasmados por participar de los juegos del predio salesiano al término de cada jornada. En sus patios, ellos también colocaron toboganes, “sube y baja” y otras diversiones sin resultado favorable, dado que la mayoría persistía en frecuentar el oratorio. Intrigado, el superior de la obra de los escolapios se dirigió ante su par salesiano pidiéndole una explicación sobre esa especial atracción, quien le respondió que no eran solamente los juegos los que atraían, sino los asistentes y maestros que jugaban con los niños (Massa, 1930). Vespignani contaba con orgullo esta anécdota al recordar los primeros días de la congregación en Córdoba. Pero, al mismo tiempo, ponía en evidencia la clave sobre la que se sustentaba la relación asistencial en las instituciones salesianas. El aliciente al que hacía referencia era la *amorevolezza*, rasgo fundamental y distintivo del sistema preventivo que indicaba, fundamentalmente, el amor asistencial-educativo. Si en el léxico italiano podía asumir múltiples significados, en la experiencia educativa salesiana se asociaba con el amor, la benevolencia, el afecto, la dulzura, la benignidad, la solicitud paterna y la paciencia (Braido, 2003). Justamente, a diferencia de otros modelos basados en la imposición rigurosa de la disciplina y el castigo severo de las faltas cometidas, la congregación promovía el “sistema del amor”, es decir, del amor del educador por los niños expresado en el cuidado y la atención de sus necesidades (Fierro Torres, 1956, p. 236). La *amorevolezza* se traducía, así, en un complejo código de símbolos, signos y comportamientos que guiaban el trato afectuoso que el educador con sus palabras, pero especialmente con sus actos, debía manifestar a sus alumnos, con la intención de crear un vínculo de confianza filial entre el adulto y el niño. Este sistema de significaciones, valores y lenguaje conformaba una determinada cultura afectiva propia del universo asistencial salesiano, en la que se inscribía la afectividad de sus miembros.

²⁸ Como primera y fundamental acción educativa y evangelizadora de los salesianos, destinada a sustraer a los niños y jóvenes de los peligros asociados a su tránsito cotidiano por la vía pública, el oratorio era un espacio que conjugaba juegos y diversiones con sutiles lecciones de catecismo y moral. Podía funcionar regularmente, o los días dedicados a alguna festividad patria o solemnidad religiosa.

La *amorevolezza* excluía los castigos físicos suaves o violentos en los códigos de convivencia de las instituciones salesianas. Por medio de la amabilidad y la persuasión, los directivos y colaboradores debían acercar a los niños y jóvenes al amor de Dios, fomentando la confianza entre el educador y el educando como parte de una relación paternal y filial. Y al mismo tiempo, para ganar el corazón del joven, el maestro debía también omitir las palabras humillantes o que hirieran su sensibilidad. En el contexto socio-educativo en el que se conformó la matriz pedagógica salesiana, ciertas corrientes de la pedagogía decimonónica avalaban los castigos corporales por considerarlos una forma acertada de corrección de la indisciplina en el gobierno escolar. Las palmadas, las bofetadas, los golpes con objetos, las penitencias severas e incluso los modos de violencia verbal eran rasgos comunes por donde transitaban las distintas formas de punición que pretendían educar y marcar los límites y normas (Lionetti, 2015). Sin embargo, en el tránsito del siglo XIX al XX, aun cuando subsistieran ese tipo de prácticas correctivas, se fueron promoviendo formas de integración más amables y promotoras de los valores que encerraba la escolaridad, fruto también de una sensibilidad más civilizada que condenaba la penalidad sobre el cuerpo de los niños (Toro Blanco, 2008).²⁹

La prensa católica llegaba a destacar lo que puertas afuera era un sello distintivo de la misión pastoral y educativa que los hijos de don Bosco llevaban a cabo entre la niñez marginal. A mediados de la década de 1920, el diario *Los Principios* describía al director del Colegio Pio X como portador de una autoridad amigable sin rastros de violencia y despotismo: “El padre Tantardini es a la vez que el director, el hermano y el amigo de sus inferiores y alumnos, y una sonrisa de alegría ilumina los rostros infantiles, cuando pasando a su lado, tiene la palabra de aliento o la indicación acertada al retrasado, que incitado por él, se esfuerza para colocarse al nivel de sus compañeros.”³⁰

La importancia que para la congregación tenía el cuidado de la relación entre sus miembros y los niños se manifestaba, también, en las recomendaciones del Padre Inspector, quien enfatizaba la necesidad de priorizar el sistema preventivo y no usar el “sistema de rigor” con los alumnos. Tanta insistencia no era infundada. En su visita a Córdoba en 1919 daba cuenta que algunos acólitos habían faltado gravemente a ello pegando por simple ira e incluso de modo sistemático. Vespignani podía saberlo dada la costumbre de dialogar con los alumnos, quienes le daban cuenta de la cotidianidad de la vida escolar. En otras oportunidades, eran

²⁹ Si en las escuelas comenzaba a primar esta visión, en los espacios de reforma de menores los castigos físicos y maltratos parecen haber sido más frecuentes. En este sentido, Zapiola (2019) ha destacado su persistencia en los casos del Asilo de Reforma de Menores Varones de la Capital y de la Colonia Agrícola Industrial para Menores Varones de Marcos Paz. De acuerdo a los informes de inspecciones oficiales, los niños allí alojados debían soportar azotes con rebenques y lonjas de cuero, encierros en calabozos helados y húmedos sin vestido ni alimentos, marchas a la intemperie durante horas y maltratos y golpes de todo tipo. Del mismo modo, Cerdá (2019) ha documentado la existencia del ejercicio de la violencia contra internos menores en el reformatorio de la ciudad de Mendoza.

³⁰ *Los Principios*, 31 de diciembre de 1925. ACPX.

los mismos salesianos en formación quienes se confesaban con su director espiritual. Así al menos lo hizo Luis Brasesio, quien hacia 1921 se comprometía a corregirse totalmente del “defecto de golpear a los niños”.³¹ Otro caso similar resulta aún más descriptivo del tipo de comportamientos de algunos asistentes padecidos por los alumnos. Con tan solo 20 años, Leonardo Artese pasaba los días en el Colegio Pio X como parte de su trayecto de formación sacerdotal. El día dedicado a la Virgen patrona de la congregación, el joven acólito le escribía a su formador dando cuenta de cada una de las faltas cometidas en el último mes. La extensión y el tono de la carta denuncian la preocupación del emisor, que no ahorra reproches a la hora de cumplir con la autoevaluación de rigor. Él mismo se califica como una persona de poco criterio, escaso espíritu de obediencia y muy dejado en la piedad: “(...) confieso con dolor, no correspondí a la vocación, que Dios, en su bondad, habíase dignado regalarme (...) Pasé cerca de seis años, desde los catorce hasta hoy, soñando con caprichos y no viviendo en el mundo.” Más allá de su percepción, el joven Leonardo transcribió en la misma carta una especie de diario al modo de registro de cada una de sus culpas. Esto nos brinda la posibilidad de conocer la forma en la que el salesiano emprendía la tarea asistencial y sus labores en el internado, las actitudes que se consideraban condenables o censurables en un futuro sacerdote de la congregación y, sobre todo, observar por debajo del discurso oficial la violencia disciplinaria experimentada por los niños y jóvenes a su cargo. El día 14 anotaba: “Asistí bastante mal en el dormitorio -sin ganas la clase de catecismo. Di varias cocas. Fui liviano en la misma clase: luego tuve que imponerme y gritar.” En su descripción, Leonardo parece dialogar con los preceptos del sistema preventivo, ya que interpreta que su mala asistencia es lo que genera esos gritos innecesarios que deben evitarse. Lejos de mejorar, a los dos días confiesa haber pegado y maltratado a un alumno en clase de banda. Por el resto del mes se suceden episodios similares en estos términos:

20. Esta tarde en el taller, dejé a un niño en penitencia, más de lo conveniente...
22. Varias veces me impacienté y no procedí con calma. En la clase me dejé vencer por los fastidios de un niño y le di dos palmadas.
23. Siempre quedo vencido. Fastidiado di algunas cocas, livianas sí, pero siempre faltando al propósito de no tocar a ningún niño.
24. Asistiendo el lavatorio fui débil y allá se fue también mi mano.
27. Varias veces se escapó mi mano. Me impacienté con frecuencia, especialmente en la clase. Viendo cierta desaplicación en los niños quedé todo el tiempo desanimado.³²

³¹ Carta del acólito Luis Brasesio a José Vespignani, Córdoba, 11 de noviembre de 1921, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

³² Carta del acólito Leonardo Artese a José Vespignani, Córdoba, 24 de mayo de 1920, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

En una correspondencia posterior, aunque se esforzaba en retener su “nerviosidad”, el acólito volvía a confesar su severidad en el trato con los niños: “(...) a pesar de todos mis propósitos con facilidad, aunque gracias a Dios, no tan frecuente, se me escapan las manos (...) Me propuse en los S.S. Ejercicios llegar a fin de año sin pegar ni una vez, si el Señor me ayuda. Pero ya quebranté dos veces ese propósito que he vuelto a renovar.”³³ Leonardo sentía su falta y rezaba para poder perseverar en el propósito de enmendarse. Pero, al mismo tiempo, identificaba las razones de su destrato no solo en sus impulsos incontenibles, sino en la frustración que como maestro le generaba observar “la indiferencia, la desgana, la distracción” en los niños de su clase. Incluso en una institución que hacía del amor asistencial el pilar de su método educativo, los salesianos se veían desbordados a la hora de mantener la disciplina y los códigos de convivencia, recurriendo a amenazas, castigos y correctivos físicos que se condenaban puertas afuera. De allí que el mismo Vespignani, atento a las dificultades que entrañaba dedicarse a niños muchas veces díscolos, aconsejara más que nunca aplicar la vigilancia del sistema preventivo y hablar mucho de don Bosco y María auxiliadora inspirando la confianza filial hacia ella por parte del “elemento peligroso”.³⁴

Estos consejos perseguían la finalidad de mantener la conducta sin renunciar a la caridad para con aquellos niños más revoltosos. Pero tampoco excluía otras preocupaciones que se vinculaban más al contexto social y político en los que la congregación desarrollaba su tarea educativa. En 1919 aludía claramente a esto, previniendo de las consecuencias que podía traer un descuido en el trato con los internos:

Caridad fraterna ejercitada hacia los niños; no pegándolos, especialmente cuando no ofenden a Dios gravemente. El grito tan frecuente de “Frailes no”, que resuena por estas calles, debe considerarse como un grito de alerta. Mañana estos mismos alumnos que hoy se quejan con los superiores del mal tratamiento de ciertos maestros asistentes, levantarán sus quejas a sus padres, los malos diarios predicarán la cruzada contra nosotros, y es fácil prever los tristes y fatales resultados.³⁵

Quizás Vespignani tenía aún fresco el recuerdo de un episodio de mayor gravedad ocurrido años antes, cuando los sectores socialistas habían acusado en “materia de costumbres” al director del colegio de La Ensenada, el salesiano Francisco Wilczek. *La Vanguardia* había publicado la denuncia en agosto de 1916, describiendo las situaciones de “serio ultraje al pudor” padecidas por varios niños ante el llamado “sátiro de la sotana”. Si bien el sacerdote fue sobreesido, las consecuencias se hicieron sentir en la baja de los alumnos inscriptos, ya que en

³³ Carta del acólito Leonardo Artese a José Vespignani, Córdoba, 24 de mayo de 1920, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

³⁴ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1913. ACPX.

³⁵ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1919. ACPX.

la opinión pública había quedado instalada la idea de la veracidad del crimen (Scharagrodsky y Cornelis, 2013). La figura del “cura pedófilo” funcionaba como catalizadora de contiendas políticas, ya que la fuerte presencia del clero en el sistema educativo movilizaba discusiones entre sectores clericales y anticlericales vinculadas a la pugna por el control de la escuela y la protección de la niñez. Las denuncias contra los crímenes de sacerdotes operaban como un formidable instrumento para disputarles a las asociaciones y órdenes religiosas el control sobre la crianza de los futuros ciudadano (Vázquez García, 2020). En épocas de mayor conflictividad entre ambos sectores, no era inusual que se instalaran campañas periodísticas contra los ataques perpetrados por religiosos contra menores.³⁶

En septiembre de 1916, Vespignani visitaba la casa de Córdoba y dejaba sus impresiones de aquellos sucesos. La principal lección consistía, nuevamente, en ajustarse más a los preceptos del sistema preventivo, a los fines de evitar cualquier tipo de calumnia que pudiera dañar la imagen de la institución. Si bien reconocía que por las “personas respetuosas” que rodeaban la obra de Córdoba era improbable que ocurriera algún hecho similar en esta ciudad, se permitía dejar una advertencia: “sin embargo puede menguar la estima, el prestigio y el consiguiente provecho moral de la obra de Don Bosco por los modales rígidos, por palabras inconvenientes y demasiado humillantes o por otros descuidos en la asistencia o en la clase.”³⁷

Más que en las denuncias de los anticlericales, las preocupaciones del Padre Inspector se centraban en las prácticas asistenciales de los sacerdotes a su cargo, que a su entender solían no corresponderse con sus recomendaciones y consejos. Tal vez en su interior temía que, pese a todos los recaudos, salieran a la luz ciertas prácticas que él bien sabía tenían lugar en los colegios que visitaba como superior. Hechos que trascendían los meros excesos en la imposición de la disciplina, pero que también dejaban marcas -más severas aún- en el cuerpo y la conciencia de los escolares. Para comprender mejor esto, conviene remitirnos directamente a un documento que nos muestra sin eufemismos aspectos desconocidos -o al menos escasamente transitados- de las instituciones educativas y de auxilio de menores. Raúl Carbajo, otro joven acólito salesiano, transitaba sus años de formación en la escuela de artes y oficios de Córdoba cuando a mediados de octubre de 1915 enviaba la siguiente correspondencia a Vespignani. Su tono advierte la visible preocupación por el futuro de su vocación. El motivo, una falta cometida, cuya gravedad ponía en duda su permanencia en la congregación:

³⁶ Un caso ejemplar de esto que apuntamos sucedió a mediados de 1922, donde el periódico *La Voz del Interior* denunció públicamente el silencio de los directivos del Colegio Pio X ante el fallecimiento de uno de los internos. El hecho nunca comprobado por la justicia suscitó la respuesta del diario católico *Los Principios*, a través de editoriales y el descargo del Padre Director salesiano.

³⁷ Memorial, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1916. ACPX.

(...) Días hace amado Padre, me he dejado llevar de la pasión de la impureza, y me aconteció que he tomado apego a un niño, hasta tal punto que comprendiéndole le apreté su cuerpo con el mío, luego le manosee por varias partes del cuerpo y le pedí que me besara, pero gracias a Dios el niño no lo permitió. Yo no se lo manifesté al Rvdo. Padre Director, sino después que el niño se lo dijo, entonces el Rvdo. Padre me llamó y yo le manifesté la falta (...).³⁸

Al interrogar la confesión realizada por el religioso, el evento irrumpe y una dinámica distinta -sino contradictoria- confronta, discute, desmiente la imagen construida en torno a esa cultura asistencial fundada en la *amorevolezza* propia del sistema preventivo. Si bien puede intuirse que la clase de hechos expuestos por esta carta tenían lugar en colegios internados y otras formas de resguardo de menores, el testimonio del joven aspirante a sacerdote parece situarlos efectivamente dentro del horizonte de posibilidades en el interior de esos espacios. Como nos recuerda Grendi (2015), el testimonio de un documento puede ser excepcional porque da cuenta de una normalidad, una realidad tan normal que por lo general permanece callada.

En principio, nos hallamos frente a una confesión de alguien que se siente en la obligación de no ocultar lo sucedido a su superior quien, por otro lado, ya se encuentra en conocimiento de lo acontecido. La omisión de algún detalle era entendido como una grave transgresión de las normas de comportamiento de los acólitos. En este sentido, el amor filial que debía observarse para con los alumnos también debía ser practicado entre los directores y los jóvenes aspirantes. Las confesiones semanales y las entrevistas diarias entre maestros y aprendices eran citas ineludibles que cimentaban esa relación. Sin embargo, la confesión de Raúl tuvo lugar luego de que se enteraran de su falta. Solo cuando no tuvo otra opción, se vio obligado a hablar y a revelar el hecho con toda su crudeza. La declaración del religioso se muestra forzada por el contexto. El gobierno de los superiores parece no poder abarcar la totalidad de la vida institucional, tanto por la consumación de una práctica prohibida que exponía los espacios vacíos del control, como por lo obligado de la confesión del joven aprendiz. ¿Cuántos asistentes habrán callado con éxito, escapando a la atenta mirada de los superiores?

Como parte de esa misma *amorevolezza* que pretendía oponerse a la rigidez de otros espacios, la imagen paternal del sacerdote debía asegurar en el niño la mejor predisposición a las correcciones y una obediencia consensuada a las normativas impuestas. De allí que los golpes, la violencia verbal o cualquier tipo de maltrato debían sustituirse por la caridad y el amor. Sin embargo, tanto don Bosco como sus sucesores fueron explícitos en los límites que debían guardarse en el trato con los alumnos, conscientes del peligro que suponía un “exceso de cariño”. Eran comunes las advertencias que aconsejaban evitar por completo el contacto

³⁸ Carta del acólito Raúl Carballo a José Vespignani, Córdoba, 19 de octubre de 1915, Caja 3, “Córdoba”. ACS.

físico y alejarse apenas sintieran un “cariño especial” hacia algún niño. Los mismos sacerdotes solían manifestar sus desavenencias cuando algún hermano trataba con demasiado afecto a los alumnos, como cuando el Padre Ales había resuelto, indignado, mudar su reclinatorio para no tener que observar el modo con que Tantardini los abrazaba al confesarlos.³⁹ En una de las tantas semblanzas sobre el fundador de la congregación que arrojan sus *Memorias Biográficas*, un antiguo alumno describía un día en el oratorio de Valdocco refiriéndose de modo especial al trato cuidadoso que el santo tenía para con ellos: “Siempre rodeado de niños, en los mismos recreos y juegos desplegaba una sencilla, expedita y pudicísima agilidad (...) Sus mismas caricias (y la única que se permitía era poner su mano sobre nuestra cabeza en actitud de bendecir) parecían infundirnos el espíritu de pureza... ¡Tan puro, tan castigado, tan correcto, tan paterno!” (Fierro Torres, 1956, p. 318). Vespignani llamaba la atención en sus visitas acerca del contacto físico, no solo a través de castigos, sino en lo cotidiano: “Suma delicadeza en el trato con los educandos (...) máxime los que andan vestidos poco decentemente, o bien poseen alguna preciosidad seductora (...) No haya caricias ni nadie salga del patio ni se entretenga en particular con algún niño.”⁴⁰ Que la autoridad salesiana guardara estos reparos, da cuenta de la atracción que los asistentes podían llegar a sentir hacia algunos internos. Pero no es un dato menor que, al destacar la belleza o formas de vestir de estos, la responsabilidad pareciera trasladarse más hacia los niños que a los adultos responsables de velar por su seguridad física y moral.

Tanto celo y precauciones se justificaban con el caso del acólito Carbajo. Antes de la consumación del hecho, Raúl advierte que ha tomado “demasiado apego a un niño”. En esa cultura afectiva normativizada por la *amorevolezza* propia del sistema preventivo salesiano, las circunstancias predisponían a los actores a trabajar acerca de los afectos y emociones experimentados, sobre todo aquellos considerados inapropiados por los miembros de la comunidad (Le Breton, 1999). Así, la actitud confiable, afectuosa y paternal que debía regir la relación de los maestros con sus educandos, toma otra forma en la confesión del joven religioso que no se ajusta a las expectativas del grupo. Las prescripciones y regulaciones circuladas insistentemente por los superiores pesaban sobre los asistentes, pero no aseguraban su implementación mecánica por parte de estos. La preocupación con respecto al cumplimiento del sistema preventivo muestra las dificultades de un modelo educativo que puertas afuera se mostraba original y efectivo. Más aún cuando observamos los testimonios de aquellos que encarnaban la relación asistencial. Como Luis Brasesco, que no tenía reparos en exponer abiertamente los sentimientos experimentados a raíz de su tarea cotidiana de salesiano en formación:

³⁹ *Carta del Padre Alejandro Anghileri a José Vespignani*, Córdoba, año 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁴⁰ *Memoriale, Segunda Visita Inspeccional Colegio Pio X*, año 1919. ACPX.

En cuanto a mis votos me parece cumplirlos. A veces siento cierta inclinación natural de afecto hacia algún niño, que rechazo al momento, buscándome otras ocupaciones y poniendo en su lugar a Jesús digno ciertamente de nuestro corazón.

La caridad con los niños aunque a veces durante el año he faltado, sin embargo hará cosa de varios meses que no los toco ni poco ni mucho; así espero seguir toda mi vida.⁴¹

Interrogar los afectos y emociones supone, entre otras cosas, observar las ambivalencias, contradicciones, paradojas y conflictos que atravesaban a los sujetos, advirtiendo también las normatividades, regulaciones, negociaciones y disputas en sus experiencias subjetivas (Abramowsky y Canevaro, 2017).

En cuanto a Raúl, no sabemos mucho más. Sí, que su futuro como sacerdote se tornaba ciertamente incierto, pero no tanto por la gravedad de su falta, como por sus escasas aptitudes intelectuales.⁴² De hecho, él había pedido expresamente que se lo perdonara, permitiéndole quedarse en calidad de coadjutor: "(...) le pido Amadísimo Padre en el nombre del Señor que tenga compasión de mí, de mi vocación y de mi alma. Estoy dispuesto hacer lo que S. R. me mande, pero que no me despida de la Congregación y que me tenga al menos como hermano coadjutor."⁴³ No obstante las recomendaciones del Padre Inspector para con el resto de los salesianos en cuidar el trato con los niños, ciertas prácticas parecían susceptibles de ser pasadas por alto, aunque en los discursos se condenaran con vehemencia. Hacia 1925, luego de haber realizado los votos que lo convertían en coadjutor y diez años después de aquel suceso, Raul Carbajo seguía en la congregación, esta vez como encargado de taller en el Colegio San José de la ciudad de Rosario.⁴⁴ El silencio de los superiores ante estos hechos podría haber sido una respuesta para evitar su divulgación por parte de la prensa anticlerical. Pero su permanencia, aun después de haber cometido la falta más grave, parece vincularse, también, a la creencia en la posibilidad de conversión, presente en el discurso católico y en las palabras del mismo Padre Tantardini, cuando le informaba a Vespignani, casi al pasar, que el acólito se mostraba arrepentido y era posible que "la lección le sirviera."⁴⁵

⁴¹ *Carta del acólito Luis Brasesco a José Vespignani*, Córdoba, 26 de octubre de 1922, Caja 3, "Córdoba". ACS.

⁴² *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, s/f, Caja 3, "Córdoba". ACS.

⁴³ Durante los primeros tiempos de la congregación, la figura del hermano coadjutor se pensó para que colaboraran principalmente en las tareas de formación profesional de los alumnos, cumpliendo los mismos votos que el resto de los salesianos –obediencia, pobreza y castidad– pero sin necesidad de que completaran el mismo trayecto formativo de los futuros sacerdotes.

⁴⁴ *Plantel de Salesianos en el mundo*, año 1925. ACS. Esta actitud adoptada por parte del superior salesiano no difiere demasiado del sistema organizado por la Iglesia católica para preservar la confidencialidad y mantener el secreto sobre este tipo de casos a lo largo de, por lo menos, el último siglo. Como sugiere Vázquez García (2020), este "dispositivo de silencio" moldeado durante las primeras décadas del siglo XX fue, probablemente, una respuesta para bloquear su divulgación por parte de los sectores anticlericales.

⁴⁵ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, s.p., Caja 3, "Córdoba". ACS.

Si del niño que motivó el “apego” del religioso no sabemos ni su nombre, un detalle en apariencia insignificante nos advierte de algo importante. El alumno cuenta lo sucedido al Padre Director, porque entiende que el asistente que debe velar por su cuidado ha transgredido el sistema normativo de la institución que lo aloja. La conducta del aspirante a sacerdote ha violado tanto los preceptos morales que regulan la vida colegial, como los códigos asistenciales que al alumno se le presentan tácitos, pero lo suficientemente claros para hacerle advertir que aquella actitud excede el cariño de padre que le deben dispensar. En su denuncia -y en su negarse al beso, marcando el umbral de lo tolerable- también se juegan los márgenes de aceptación y rechazo de la realidad que le toca experimentar, por caso mucho más áspera que la edulcorada visión del universo salesiano retratada en las publicaciones institucionales.

Epílogo necesario

Los eventos narrados en las páginas precedentes, al hablarnos de experiencias cotidianas mayormente ocultas a los ojos del historiador -y de sus contemporáneos- no son los más comunes de hallar en los documentos. Menos aun cuando estos se conservan en archivos de instituciones privadas y religiosas, generalmente celosas de su resguardo.⁴⁶ Como advertimos al comienzo de este trabajo, fue la lectura e indagación de un corpus de fuentes epistolares producido por los mismos protagonistas de la tarea asistencial lo que nos permitió brindar una visión más compleja del pasado, en particular de la cotidianeidad de los niños y jóvenes educados en los internados de la congregación a comienzos del siglo XX.

El hecho de que esas cartas revelen acciones vedadas por el discurso oficialmente instituido, mostrando una trama oculta en cuanto a situaciones ajenas a las normativas y a la misma cultura asistencial reglamentada, instala la pregunta sobre su conservación. Es decir, sobre los mecanismos institucionales que operaron para que dichas cartas llegaran a nuestras manos sin ser desechadas, siempre y cuando queramos prescindir del azar como factor explicativo de su permanencia. Confieso que, acostumbrado a la consulta de los archivos salesianos, esa es una pregunta que me he realizado. Pero mis preocupaciones se centraron más en las potencialidades analíticas que esa documentación me ofrecía, que en responder a un interrogante que exigiría un rastreo histórico de la cultura archivística y el tratamiento de la documentación a lo largo de un siglo por parte de la congregación.

En cuanto a dichas potencialidades, la lectura del corpus me reveló la posibilidad de contrastar su información con las fuentes institucionales con las que yo había estado más

⁴⁶ En mi experiencia particular, debo decir que no he encontrado ningún impedimento por parte de las autoridades de la congregación salesiana para la consulta de la documentación existente en sus archivos. De todos modos, es frecuente la diferencia en la dificultad de acceso entre acervos documentales públicos y privados.

acostumbrado a trabajar. En esencia, los folletos y periódicos escolares, junto con la literatura moral y religiosa de circulación interna -por nombrar solo algunas de las más importantes en la tarea de reconstruir la trama cotidiana de los niños y jóvenes asistidos-, tenían como denominador común la puesta en escena de un mensaje institucional que debía mostrar los rasgos esenciales de la acción social y evangelizadora emprendida. La consciencia acerca de la finalidad con la cual estos registros del pasado fueron producidos y, por lo tanto, de la necesidad de no realizar una lectura ingenua de los mismos, no siempre se mostró suficiente a la hora de reconstruir las experiencias cotidianas de los actores involucrados, tarea a la cual me había abocado. Ese fue, quizás, el aporte fundamental de las correspondencias que analizamos en estas páginas. Porque la finalidad de su discurso distó -en la mayoría de los casos- de conducir al panegírico y la elegía de la congregación frente a un público que debía convencerse, la misma cotidianeidad que yo buscaba reconstruir se hizo presente en ellas con toda su riqueza.

Ya en el terreno propio del análisis histórico, el acercamiento a dichas realidades supuso destacar un punto nodal del carisma de la congregación, como lo fue el sistema preventivo. La supresión de los castigos físicos a la hora de controlar la disciplina entre los internos aspiraba a la prevención de las faltas, mediante la mirada atenta del educador y la compañía cercana que pudiera corregir suavemente los errores. Este amor educativo, o *amorevolezza*, también pretendía suplir la carencia afectiva de niños y jóvenes que se habían visto privados de un espacio de contención familiar. La publicidad salesiana no ahorró esfuerzos en destacar esto como una de las principales virtudes de sus instituciones, caracterizadas por una atmósfera familiar que hacía menos rígida la vida asilar, marcando un agudo contraste con las penurias experimentadas por niños y jóvenes internados en asilos y reformatorios de la época.

Sin embargo, aun cuando el amor filial que debía dispensarse a los niños estuviera inscripto en los genes de la congregación, formas soterradas de abuso y violencia, no promovidas, pero existentes y toleradas, formaron parte también de la cotidianeidad del internado salesiano. Su presencia, corroborada por documentación hallada de manera accidental, no anula experiencias que en esencia perseguían una finalidad distinta -y si se quiere, más noble- que la allí expuesta. Como hemos advertido, permite observar una trama mucho más compleja de situaciones veladas por el discurso oficial. Al interrogar aquellas confesiones realizadas por los religiosos, las rígidas estructuras institucionales parecen agrietarse y en los intersticios cobran visibilidad las estrategias de los actores. El control del tiempo junto a los espacios rigurosamente vigilados, las preocupaciones por el pudor y el decoro y la conciencia moral de un discurso omnipresente y monocorde, se resignifican en las penitencias severas, en los castigos físicos, en la violencia verbal y en aquel encuentro a solas del acólito con el alumno.

Como afirma Eley (2008), la tarea de recuperar experiencias que no le son propias suele exigir al historiador la adopción de una política de la empatía, sostenida en la identificación y

valoración de las vidas y las historias de la gente corriente. Personalmente, la excepcionalidad del caso narrado al final de este trabajo me ha obligado a ahondar en los esfuerzos de comprensión por sobre el juicio moral, inevitable cuando se trata de experiencias de vida tan delicadas. No creo que la dificultad que se me ha presentado a la hora de historizar esta clase de hechos haya sido del todo salvada. Sin embargo, si la historia ha de tener la función de hacer inteligible el presente por el pasado, su solo conocimiento ya supone de por sí una contribución. Y por qué no también, una reparación, demasiado tardía, pero indispensable para con aquella víctima anónima.

Bibliografía

1. Abramowsky A. y Canevaro, S. (2017). Introducción. En A. Abramowsky y S. Canevaro (Comps.), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades* (pp. 8-22). Los Polvorines: UNGS.
2. Braidó, P. (2003). *Prevenir, no reprimir. El sistema educativo de Don Bosco*. Roma: CCS.
3. Cerdá, J. M. (2019). Vida cotidiana en el reformatorio de Mendoza a finales de la década de 1920. En Y. De Paz Trueba (Comp.), *Infancia, pobreza y asistencia. Argentina, primera mitad del siglo XX* (pp. 57-80). Rosario: Prohistoria.
4. Donzelot, J. (1970). Espacio cerrado, trabajo y moralización. Génesis y transformaciones paralelas de la prisión y del manicomio. *Topique*, 3, pp. 27-49.
5. Eley, G. (2008). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Universitat de València.
6. Fierro Torres, R. (1956). Algo sobre educación preventiva. *Atenas*, 27, pp. 122-135.
7. Ginzburg, C. (2008). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Buenos Aires: Océano.
8. Jensen, S. y Moreno Montero, M. (2013). La escritura epistolar como registro de la experiencia de encierro y represión en las cárceles argentinas (1974-1983). *Historia Actual Online*, 31, pp. 143-157.
9. Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
10. Lionetti, L. (2015). Cuerpo y castigo. La penalidad física en las escuelas elementales de Buenos Aires y la campaña en el siglo XIX. *Quinto Sol*, 19(2), pp. 1-21.
11. Martínez Martín, L. (2008). Las correspondencias de la emigración en la época contemporánea: una mirada historiográfica. *Migraciones y Exilios*, 9, pp. 607-622.
12. Massa, L. (1930). *Memorias del Colegio Pio X*. Córdoba: Imprenta Colegio Pio X.
13. Moretti, N. D. (2014). *Buenos cristianos y honrados ciudadanos. La obra salesiana y la cuestión social. Córdoba, 1905-1930*. Córdoba: CEH.

14. Moretti, N. D. (2017). Cuestión social, niñez y educación profesional. La obra salesiana y la opción por los más pobres. Córdoba (Argentina), 1905-1935. *Quinto Sol*, 21(2), pp. 1-26.
15. Moretti, N. D. (2018a). Infancia y desigualdad en la pedagogía social salesiana (Córdoba, Argentina) a comienzos del siglo XX. *Folia Histórica del Nordeste*, 33, pp. 137-159.
16. Moretti, N. D. (2018b). En el templo de la virtud. Moral y religión en los colegios internados salesianos. Córdoba (Argentina), 1905-1930. *Secuencia*, número especial, pp. 53-84.
17. Moreyra, B. I. (2009). *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina. La modernidad periférica. Córdoba, 1900-1930*. Quilmes: UNQ.
18. Moreyra, B. I. (2014). El revival de la historia social en la primera década del siglo XXI: ¿retorno o reconfiguración? *História da historiografia*, 15, pp. 168-186.
19. Ortiz Bergia, M. J. (2019). Cartas públicas: Claves metodológicas y usos históricos posibles. *Prohistoria*, 31, pp. 161-180.
20. Ravina, A. (2009). Archivos revisitados: la correspondencia epistolar como fuente para la historia social. En *Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social*. Córdoba: CEH. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9682/ev.9682.pdf
21. Revel, J. (Dir.) (2015). *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*. San Martín: Unsam.
22. Scharagrodsky, P y Cornelis, S. M. (2013). Modelar la masculinidad cristiana: prácticas corporales en los Exploradores Argentinos de Don Bosco (primera mitad del siglo XX). En A. M. Rodríguez (Ed.), *Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)* (pp. 44-61). Rosario/Santa Rosa: Prohistoria/ UNLP.
23. Scott, J. (1997). Formas cotidianas de rebelión campesina. *Historia Social*, 28, pp. 13-39.
24. Thompson, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitan Swing.
25. Toro Blanco, P. (2008). Disciplina y castigos: fragmentos de la cultura escolar en los liceos de hombres en Chile en la segunda mitad del siglo XIX. *Cuadernos Interculturales*, 6(11), pp. 127-144.
26. Vázquez García, F. (2020). *Pater infamis. Genealogía del cura pederasta en España (1880-1912)*. Madrid: Cátedra.
27. Vespignani, J. (1922). *Circulares, cartas, avisos. Edición reservada para uso de los salesianos de la Inspectoría Argentina de San Francisco de Sales*. Buenos Aires: Imprenta Colegio Pio IX.
28. Zapiola, M. C. (2018). Espacios de reforma para la infancia. Imaginando la Colonia de Menores de Marcos Paz (Buenos Aires, comienzos del siglo XX). *Secuencia*, número especial, pp. 15-52.